

gabinete del ministro era el principio y el fin de la manufactura.

Apenas transcurrido un año, otro edicto manda que «las telas defectuosas sean expuestas en un poste de nueve pies de altura con un cartel que contenga el nombre y apellido del comerciante ó del obrero sorprendido en falta,» y cortadas, rasgadas, quemadas ó confiscadas. «En caso de reincidencia, el comerciante ó el obrero serán censurados en plena asamblea» y á la tercera vez se le atará «á dicha argolla durante dos horas con la muestra de las mercancías confiscadas.»

La lógica impulsaba á Colbert á emplear rigores absurdos. Era una especie de pedagogo infalible de la industria nacional, dictaba lecciones y las hacía leer, explicar y recitar, severa siempre la mirada y siempre en alto la palmeta. Parecía como que soñara con un falansterio en donde cada cual trabajara en su puesto, obedeciendo los estatutos generales y particulares bajo la vigilancia de los jurados, de los regidores y de los comisionados inspectores. ¡Qué hermosa labor, digna del Estado y del rey, se habría realizado de haber sido verdad aquel sueño! En el sistema ordenado del trabajo nacional, el pormenor más insignificante habría contribuído á la belleza y á la perfección del conjunto. Colbert veía una relación entre la magnificencia del rey y la calidad de las telas: «Lo principal de las manufacturas consiste, en un Estado como este, en fabricarlas siempre iguales en bondad, longitud y anchura.»

Pero en todas partes la voluntad del amo topaba con resistencias.

Las costumbres del rey y de la nación se oponían á las ambiciones de Colbert. Las cantidades dadas como auxilio á las manufacturas fueron mediocres en comparación con las que devoraban las construcciones y fueron insignificantes durante los años de guerra; en efecto, desde 535.705 libras á que ascendían las subvenciones en 1669, descienden á 8.000 en cada uno de los años de 1676, 1677 y 1678. Por otra parte, el dinero de los particulares no se destina á la manufactura; los capitalistas continúan prefiriendo invertirlo en rentas y sobre todo en la compra de empleos. En las compañías no se encuentra sino un pequeño número de comerciantes y ni siquiera los asentistas entraron en ellas de buen grado; algunos de ellos procuraban vender ocultamente sus acciones y, para no verse obligados á hacer nuevas aportaciones, deseaban la ruina de empresas en cuyo éxito no creían.

Los artesanos y los comerciantes quieren seguir trabajando y vendiendo á su guisa. Colbert deseaba que las manufacturas de paño fabricasen especialmente paños finos para poder luchar contra la competencia holandesa é inglesa. En muchos sitios, los obreros ganaban más fabricando droguetes, y aunque les mandó decir que cometen «una falta notable,» no logró convencerles. Así, como el ministro de que los tintoreros de Lyon se obstinan en utilizar para sus tintes el palo del Brasil y de que las telas venidas de provincias no sean «de la calidad que marca el reglamento,» y llega hasta lanzar contra esas gentes testarudas el extraño reproche de que «sólo piensan en su comodidad y en la facilidad de la venta» y de que «quieren gozar de una libertad absoluta en su tráfico por las consideraciones de una pequeña ganancia que realizan.»

Todos los medios de fiscalización y de represión fueron ineficaces.

La administración de los comisionados inspectores que habían entrado en todas partes á cualquier hora del día, fué odiosa. Burócratas pedantes se las echaban de inteligentes. Á propósito de los que se mezclaron en asuntos de minas, alguien escribió á Colbert que «uno afirma haber encontrado el sol y otro que ha encontrado la luna» y que no parece sino que «hayan hecho su aprendizaje en el Perú y que hayan sido engendrados entre los minerales.»

La jurisdicción organizada por Colbert funcionó mal. En las ciudades en donde la competencia se compartía entre los jueces ordinarios y los regidores, las dos clases de jueces no se entendían, «dados los celos existentes entre unos y otros.» Los jueces y los escribanos, acostumbrados á su rapiña profesional, percibían «por simples inscripciones de maestros de oficios hasta 15 ó 20 libras cuando sólo les correspondían, á lo sumo, veinte sueldos.» Las casas consistoriales estaban casi en todas partes en poder de una oligarquía de rentistas ó de empleados que no entendían nada en materia de oficios; Colbert hubiera querido hacer entrar en ellas á obreros, pues comprendía que para aplicar su reforma de los oficios, se necesitaban otras reformas más difíciles y más graves (1).

Por lo demás, en ninguna parte trabajaba nadie tanto como Colbert habría creído; así, por ejemplo, los cónsules del Puy contestan en los siguientes términos á la invitación que les dirigiera el intendente del Langüedoc para que emprendieran algún oficio nuevo: «Para qué si ganamos lo suficiente para vivir y pagar nuestras tallas? En todas partes, en unas más y en otras menos, los obreros pasan más tiempo del debido en la taberna; para remediar esto se prohíbe á los taberneros que sirvan de beber y de comer, salvo la comida durante una hora, á los trabajadores cuyos excesos impiden «el avance y la perfección de tal ó cual manufactura.» Mas no hay remedio posible contra la pereza de toda una población y acontece que después de muchos esfuerzos, Colbert acaba por declarar la incapacidad irremediable de toda una ciudad: «La ciudad de Auxerre quiere volver á la holgazanería y al aniquilamiento en que ha vivido.»

El ministro se ve obligado á combatir toda clase de preocupaciones. Desde muchos lugares le dicen que la manufactura perjudicará á la labranza. «Al contrario, escribe, haced cuanto de vosotros dependa para fortalecerla, pues nada hay que sirva tanto para aumentar los pueblos como los distintos medios de ganarse la vida; confiad en mí; que con ello se hallarán bien el rey y los pueblos.» Los borgoñones, sin embargo, creen que es «más útil á la provincia tener muchos labradores y viñadores que artesanos;» en otros sitios se teme que las manufacturas, atrayendo obreros, aumenten las cargas de la comarca; y finalmente, las pobres gentes del Orleannais se preguntan de qué les servirá trabajar y dicen que en seguida se aumentarán las tallas y que el rey será quien percibirá el beneficio del trabajo.

Esta inquietud enfada á Colbert: «Haced comprender á los labriegos de la generalidad de Orleáns, escri-

(1) Véase más adelante en el libro *Gobierno de la sociedad*.

be, buena parte de los cuales son bastante holgazanes, que el trabajo de las manufacturas en vez de aumentar sus tallas las disminuirá;» pero, á pesar de todo, aquellos labriegos tenían motivos para desconfiar. También desconfiaban los artesanos. En 1681, el teniente general de la senescalía de Saint-Maixent convocó por orden del ministro á cuarenta maestros gorreros de la localidad, les preguntó el número de sus obreros, la importancia de su comercio y sus mercados y les rogó que le dieran muestras de sus mercancías para mostrárselas al rey y «difundir la reputación de la fábrica de la comarca;» pero los maestros, temiendo que se tratara de aumentarles los impuestos, se negaron á contestar á las preguntas, á entregar muestras, con el pretexto del «gran gasto,» y á firmar el acta de la reunión, pues el fisco les había engañado con demasiada frecuencia y todos aquellos escaldados tenían miedo al agua fría.

No obstante todas esas dificultades y resistencias, los grandes esfuerzos de Colbert no resultaron perdidos (1).

De cuando en cuando formulaba estados de las manufacturas. He aquí un cuadro de 1669:

«Sargas de Londres, 120 telares en Autun, Auxerre y Gournay, aumentarán y se perfeccionarán de día en día. Medias de Inglaterra establecidas en más de treinta ciudades y burgos, 6.000 telares. Puntos de Francia, ídem, 6.000. Barraganes, en la Ferté-sous-Jouarre, 60 telares. Moquetas, ídem, 12 telares. Damascos en Meaux, 20 telares; camelotes de Bruselas en Amiéns. Bombasies y fustanes en París. Paños en Abbeville, 50 telares, en Dieppe, Fecamp, Ruán, Sedán, Carcasona. Latón en Bellecambre y en la Ferté-Alais. Cañones de hierro, armas, hoja de lata y toda clase de manufacturas de hierro, que venían de Vizcaya y de Suecia, en Nivernais y Delfinado. Salitres, pólvora y mechas en todas partes. Telas de Holanda en Moret, Laval, Louviers y el Bec. Lienzos para velas en Vienne. Grandes áncoras en Vienne y en Rochefort. Crics en Nivernais. Alambre de hierro y de latón en Borgoña. Alquitrán en Medoc, Provenza y Delfinado. Estambrillas para embarcaciones en Auvernia. Mástiles en Provenza, Vivaraís, Delfinado, Auvernia y Pirineos. Cristales para espejos en París y Cherburgo, que empiezan á exportarlos al extranjero. Busca de minas de todas partes en Langüedoc, Rouergue, Foix, Rosellón, Auvernia y Normandía. Mármoles encontrados en los Pirineos, Provenza, Langüedoc, Boulonnais y Auvernia. Cánamos comprados en todas las provincias en vez de adquirirlos en Riga y en Prusia. Los molinos de sierra establecidos en los Pirineos, Auvernia, Delfinado y Provenza. Fundiciones de hierro, establecidas en Lyon, Tolón y Roche-

(1) En este capítulo se trata principalmente de dar una idea general y al mismo tiempo tan precisa como es posible, del método de Colbert que tuvo importantes consecuencias en Francia y en el extranjero. En otro período se encontrará una descripción de las diferentes clases de manufacturas que había después de la muerte de Colbert. Por otra parte, después de la muerte del ministro es cuando se ven mejor los resultados de su obra. Como ha dicho Boissonnade en su estudio sobre *Colbert, son système...*, obra citada anteriormente, Colbert libró letras de cambio sobre el porvenir. Para el éxito de sus empresas necesitábase mucho más tiempo que la duración de su ministerio. En vida suya, por ejemplo, las manufacturas de paños sólo exportan á Levante un promedio anual de algunos centenares de piezas de paño, y en 1698 exportan 3.800 piezas. En el siglo XVIII, esa fabricación gozará de gran prosperidad.

fort. Grandes talleres de marina, establecidos en Tolón, Rochefort, Brest, el Havre y Dunquerque. Fábricas de azúcar, establecidas en Burdeos, La Rochela, Nantes, Ruán, Dieppe y Dunquerque. Medias de seda en Lyon y Madrid. Crespones en Lyon.»

Al final de esa nota enumera trabajos de arquitectura y luego de pronto, pensando en su obra, admirándola y remontándose al principio que dirige toda su actividad maravillosa, escribe al pie del papel en donde ha mencionado la moqueta, el camelote, el cáñamo y el alambre de hierro, las dos palabras mágicas: «Grandeza y magnificencia.»

Ya hemos visto que la principal ambición de Colbert consistía en librar al reino de los tributos pagados al extranjero. De todas partes, de Inglaterra, de Holanda, de Alemania, de Suecia y de Venecia, traía obreros, buscando con preferencia los artesanos de oficios desconocidos ú olvidados en Francia. Solamente holandeses podían enseñarle cómo se las componían para fabricar paños finos «con una tercera parte menos de lana» que nuestros obreros y para hacer en un día «más tarea que un francés» en una semana. En cambio se exasperaba si los extranjeros hacían otro tanto con él, quitándole obreros franceses. A unos maestros obreros en seda conquistados por el embajador de España, mandó que los prendieran, los detuvieran mucho tiempo, los «alimentaran con escasez» y les «hicieran sufrir,» ya que en las ordenanzas no había pena legal alguna para su crimen.

Apenas establecida su manufactura de espejos, cristalería y encajes al estilo de Venecia, se enfada por «la malicia» de los comerciantes franceses que siguen surtiéndose en aquella ciudad. En 1669 pregunta al embajador de Francia en Venecia si las fábricas de Burane fabrican aún tantos espejos y puntos de hilo como antes, y al enterarse de que todavía marchan bien allí los negocios, escribe:

«Nuestras manufacturas de espejos y de punto pueden aún ver muy retrasado su desarrollo por la continuación de trabajo que se realiza todavía en Venecia. Su Majestad desea que hagáis observar cuidadosamente y descubrir á los comerciantes que continúan ahí sus correspondencias á fin de que pueda trabajarse de manera que se cansen de ello.»

Enteramente «preocupado» por esos asuntos, un día soltó una frase sangrienta: Después de la muerte de Madama, que afligió al rey, á la corte y á toda Francia, escribía al embajador: «Es una ventaja que el luto de Madama haya hecho cesar la compra de puntos de hilo en Venecia.» Pero la dicha dura poco: «Como ese luto ha terminado ya, os ruego que sigáis observando todo lo que ocurra en este particular.» Al fin, en 1680 le anuncia que «los puntos de Génova y de Venecia están arruinados en aquellas ciudades, privándolas de un ingreso de 3.600.000 libras.» Crear en Francia y destruir en el extranjero, he aquí toda su política.

El mismo éxito obtiene por el lado de Holanda. En 1670 recibe Colbert de Pomponne, embajador en La Haya, la noticia de que el comercio y las manufacturas disminuyen en aquel país, noticia á la que no quiere dar crédito completo, suponiendo que los que han informado á Pomponne han hablado por complacerle y

por buscar «una manera favorable de entablar conversación;» sin embargo, quiere, á lo menos, creer un poco en ella: «Tal vez la aplicación y los auxilios que el rey otorga pueden contribuir en parte al provecho de sus súbditos.» Diez años después celebra en una memoria las victorias alcanzadas: las manufacturas de sargas, medias y paños del reino quitan á los holandeses, como mínimo, cuatro millones de libras, y las manufacturas de la marina otro tanto.

Esos triunfos logrados sobre el extranjero son relatadas por Marco Antonio Giostinian, que fué embajador de Venecia en Francia, desde 1665 á 1668.

«El señor Colbert quiere que todo el país supere en opulencia á cualquier otro, que sea abundante en mercancías, rico en artes y fecundo en bienes de toda clase, que de nada necesite y que pueda proporcionar toda clase de cosas á los demás Estados... Nada omite para aclimatar en Francia las industrias de los otros países. Lo que se fabrica como especialidad en Inglaterra y todo lo raro que allí produce la naturaleza, lo ha estudiado para importarlo en el reino. Para la confección de ciertos productos se ha llegado á dar á los obreros traídos de Inglaterra la vivienda real de Madrid, transformando de esta suerte un palacio en taller. Practica ensayos para hacer curtir á la inglesa las pieles de buey procedentes del reino, á fin de que sirvan para los mismos usos que los cueros ingleses y los reemplacen. De Holanda se ha copiado su modo de fabricar los paños, lo propio que los quesos, las mantecas y otras especialidades; de Alemania se han tomado la manufactura de los sombreros y de la hoja de lata y otros muchos trabajos industriales, y de nuestro país los encajes y los espejos. Cinco ó seis mil mujeres diseminadas en la mayoría de las provincias trabajan en esto y además han venido muchas contra maestras de Venecia. Francia se esfuerza por recoger la flor de todo lo que se produce en el mundo entero, habiéndose aprendido de Persia el trabajo de las alfombras, de las que se hacen en París más hermosas y más elegantes que allí, importándose y vendiéndose las más bellas rarezas de la India y habiéndose igualmente tomado de Africa la mayoría de sus procedimientos de fabricación. Todo lo mejor que hay en todas las partes del mundo se fabrica actualmente en Francia y es tal la voga de esos productos que de todas partes afluyen los pedidos para proveerse de ellos... Para evitar un cambio oneroso, es preciso enviar dinero al reino á entera satisfacción de los deseos del señor Colbert, quien sólo procura despojar de él á los demás Estados para con él enriquecer á Francia.»

Por esa enumeración se ve que Colbert, sin haber descuidado ninguna industria, ha mirado con gran interés las industrias de lujo, pues sabía que la mayor parte del oro que salía del reino era para comprar mercancías de tocados.

En tiempo de la juventud del rey (1), los hombres usaban la golilla, ese gran cuello

... que colgaba hasta el ombligo,

y que era de encaje. El jubón sólo llegaba hasta el tercio del brazo y cubría únicamente una parte del busto;

(1) Véase Quicherat, *Histoire du costume en France depuis les temps les plus reculés jusqu'à la fin du XVIII^e siècle*, París, 1875.

era, pues, menester que la camisa, que constituía casi la prenda de encima, fuese lujosa. Debajo se ponía otra camisa ó una camisola de tela muy fina; en el puño colgaba el encaje

de esas mangas que en las mesas palpan las salsas.

También los encajes, aplicados como galón, tapaban las costuras del jubón y las de los amplios calzones llamados rhingrave y á los que iban prendidos

esos grandes cañones, en los que á modo de grillos se introducen todas las mañanas las dos piernas esclavas, y gracias á los cuales vemos á esos señores galanes andar esparrancados como aspas de molino.

Las piernas iban calzadas con medias de seda y los pies con zapatos

... cubiertos de cintas que hacen que parezcáis palomos patudos.

Y en medio de todo esto, dice Pierrot en *Don Juan*, «tantas cintas, tantas cintas, que es una verdadera compasión.»

Hacia 1672, el jubón algo desaliñado ya no se lleva; la chupa anuncia el chaleco, y la casaca, que llega hasta la rodilla, la levita, aunque afortunadamente de un modo todavía muy remoto, ya que la chupa va llena de bordados, perifollos y cintas y la hombrilla de la casaca es de cintas y sus ojales son de seda amarilla, rosa ó blanca. Ambas prendas son de ricas telas, de seda ó de paño finísimo, y el tahalí de la espada tiene una franja de seda y muestra por encima una orla de encajes.

Los eclesiásticos se adornaban como cortesanos. Durante el luto de Madama, los cardenales llevaron hábitos cortos de telas negras cubiertos de bordados, medias de seda de color de fuego, ligas de tisú de oro, y los viernes, esas mismas prendas de hermoso gris amarillo.

Las damas seguían la moda de los talles en punta, de las mangas cortas y de las faldas anchas remangadas sobre faldas estrechas. Las telas de los vestidos eran de seda rayada ó moteada ó de una lana fina sobre la cual estaban pintadas á mano las flores para imitar telas de la India. Los adornos consistían en profusión de encajes y cintas. Los trajes de la señora de Montespán constituían verdaderos acontecimientos; para ella, que varias veces tuvo necesidad de ocultar su talle, se inventó la falda flotante sin cintura, á la que se dió el nombre de «inocente,» y toda la corte admiró el famoso vestido que le fué regalado, «de oro sobre oro, bordado en oro, orlado de oro y encima un oro rizado, recubierto de un oro mezclado con cierto oro, que constituye la tela más divina que jamás haya podido imaginarse.»

Aquella sociedad elegante ocupaba su ociosidad en ostentarse y en mirarse; ante los ojos del rey se daba una representación perpetua de sí misma; se vestía, se adornaba y también se amueblaba espléndidamente. Richelieu había prohibido el lujo por medio de edictos suntuarios que reprodujeron Mazarino y Colbert; pero ningún edicto había podido impedir la compra de tapices de Flandes, de cristalería de Venecia, de encajes

de Venecia ó de Malinas, de telas finas, de paños de oro, de sederías y de hermosos muebles contruidos y adornados por los ebanistas, los taraceadores, los doradores y los cinceladores. Las leyes de la «galantería,» que imponían los trajes y los muebles bellos, eran más fuertes que las leyes del rey. Colbert no era aficionado al lujo; pero puesto que era preciso soportarlo, quiso que se quedase en Francia el dinero que costaba; así es que fomentó las industrias de lujo, y como Europa tenía fija su atención en el espectáculo de la corte de Francia, nuestras modas se propagaron y con ellas el gusto por nuestros muebles, por nuestros tapices y por todo nuestro aire de grandiosidad. Francia vendió lujo y entonces nació una de las fuentes de nuestra riqueza.

CAPÍTULO III

EL GRAN COMERCIO (1) Y LAS COLONIAS (2)

I. El Estado en 1661. — II. El régimen protector. — III. La Compañía de las Indias Orientales. — IV. La Compañía de Levante. — V. Las colonias. — VI. Recapitulación sobre el gobierno económico.

I. — El Estado en 1661

Colbert creía que Cristóbal Colón, antes de dirigirse á la reina de Castilla, se había «ofrecido» á nuestro rey Luis XII y que había sido tratado de «loco» por la corte de Francia, y esa leyenda le disgustaba. Admiraba á los grandes descubridores, y «la idea» que se le ocurrió á Magallanes de dar la vuelta al mundo parecíale «la más atrevida y extraordinaria que jamás haya nacido en la mente de un hombre.» Sentía la poesía de aquellas

(1) Sólo hablaremos del gran comercio por mar, que era el comercio del cual esperaba principalmente Colbert el enriquecimiento del rey.

(2) FUENTES: Clement, *Lettres...*, especialmente en el t. III, 2.^a parte. Depping, *Correspondance...*, t. III. Dernis, *Recueil des titres, arrêts, édits, concernant la compagnie des Indes orientales*, París, 1755-56, 4 vol. Charpentier, *Relation de l'établissement de la compagnie française pour le commerce des Indes orientales*, París, 1666. Moreau de Saint-Mery, *Lois et constitutions des colonies françaises de l'Amerique sous le vent...* de 1550 á 1575, París, 1784-90, 6 vol. Souchu de Rennefort, *Mémoires pour servir à l'histoire des Indes orientales*, París, 1688.

OBRAS: Segur-Dupeyron, *Histoire des négociations commerciales et maritimes de la France au XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1872-73, 3 vol. Dufresne de Francheville, *Histoire de la compagnie des Indes avec les titres de ses concessions et privilèges*, París, 1746. Pauliat, *Louis XIV et la compagnie des Indes orientales de 1644*, París, 1866. Chailley-Bert, *Les compagnies de colonisation sous l'ancien régime*, París, 1898. Saint-Ivesy Chavanón, *Documents inédits sur l'administration de la compagnie française des Indes*, en la «Revue des quest. hist.» nov. 1903. Pigeonneau, *La politique coloniale de Colbert*, en los «Annales de l'Ecole libre des sciences politiques,» 1886, t. I. Benito du Rey, *Recherches sur la politique coloniale de Colbert*, París, 1902. G. Muset, *Les ports francs sous l'ancien régime*, La Rochela, 1903. Massón, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVII^e siècle*, París, 1896; del mismo: *Histoire des établissements du commerce français dans l'Afrique barbaresque (1560-1793)*, París, 1903. Bonnassieux, *Les grandes compagnies de commerce*, París, 1892. Chemin-Dupontés, *Les compagnies de colonisation en Afrique occidentale sous Colbert*, París, 1903. L. Maitre, *Situation de la marine marchande du comté Nantais d'après l'enquête de 1664*, en los «Annales de Bretagne,» t. XVIII (1903). Weber, *La compagnie française des Indes (1604-1875)*, París, 1904. Chapais, *Jean Talon, intendant de la Nouvelle France (1665-1672)*, Quebec, 1904.

aventuras y aún adivinaba que traían nuevos conocimientos á la inteligencia: antes de Magallanes, dice, era una herejía creer en los antípodas; pero al mismo tiempo calculaba los beneficios que reportaba la venta de los productos del Nuevo Mundo. La boca se le hace agua cada vez que habla de las «preciosas,» de las «excelentes especerías,» y á propósito del descubrimiento de las islas Molucas, celebra «la prodigiosa abundancia de especerías excelentes, y entre otras, el clavo y la nuez moscada.»

Tenía grabado en la mente el mapa económico de la tierra con el catálogo de los productos que él debía comprar y de los que podía vender, y conocía todas las vías comerciales terrestres y marítimas y los vientos que soplan, favorables ó adversos al navegante.

El gran comercio, decía, es el medio de aumentar «el poder y la grandeza de Su Majestad y de abatir los de sus enemigos ó envidiosos.» Después de sus primeros éxitos por este camino, escribía al rey en 1670: «Con ese aumento de potencia en dinero estaban ligadas todas las grandes cosas que Vuestra Majestad ha hecho y podrá hacer aún durante toda su vida.»

En 1661, por más que él dijera, nuestro comercio no era despreciable, pero sólo en muy pequeña parte lo realizábamos nosotros mismos. En efecto, Holanda no guardaba para sí los 10 ó 12 millones de vinos y aguardientes, los seis millones de sederías de Tours y de Lyon, los cinco millones de muebles y utensilios de cama, los dos millones de dulces de París y de Ruán y el millón de quincalla y de jabones que nos compraba, sino que en su mayor parte los revendía, interponiéndose de esta suerte entre el productor francés y el comprador extranjero; é Inglaterra obtenía pingües ganancias de los 15 millones de mercancías francesas que transportaba todos los años. Colbert exagera sin duda cuando dice que de los 20.000 barcos que circulaban por el mundo únicamente 600 eran nuestros (3); pero de todos modos nuestra inferioridad era grande en comparación sobre todo de Inglaterra y de Holanda. Casi no teníamos constructores de barcos, y la madera, el hierro, el alquitrán y el cáñamo que comprábamos en el extranjero eran excesivamente caros; así es que un buque costaba en Francia el doble que en Holanda. Los armadores holandeses tomaban fletes á 8 ó 10 libras la tonelada, es decir, la mitad menos que nuestros armadores.

Las relaciones con las colonias eran insignificantes. El comercio de pieles con el Canadá no se hacía en Ruán ó en la Rochela, sino en Londres ó en Amsterdam; nuestro único mercado de esclavos, el Senegal, no vendía esclavos, sino que eran ingleses y holandeses los que hacían la trata en la costa de Guinea para vender negros á nuestros colonos de las Antillas (4). El pabellón francés apenas visitaba la Martinica y la Guadalu

(3) Sin embargo, la cifra de 600 es la que da en 1646 Juan Eón en su libro *Le commerce honorable* (Nantes, 1647): «Las memorias de Francia nos dicen que en cerca de 400 leguas de las costas marítimas que tenemos, había en otro tiempo más de 6.000 buques de guerra y mercantes; y ahora, después de una investigación exacta, apenas podríamos encontrar 600.» (Págs. 20-21.)

(4) En 1664, de 48 buques fletados en los puertos del condado de Nantes, sólo uno se dirige á las Antillas. En septiembre de 1668, dice Colbert que en 1662, de 150 buques que anualmente hacían el comercio con las islas, tres ó cuatro, á lo sumo, partían de los puertos de Francia.